

caballería que recorría el campo y aseguraba los caminos. Todas las noches acampaban las tropas de Alejandro en un terreno atrincherado. Con estas precauciones burló los designios de su rival, que en muchas ocasiones trató de caer de repente sobre su retaguardia y sus costados, teniendo que desistir por la actitud que tomaban en cualquier amago de ataque las columnas de Alejandro. En un encuentro serio que se verificó á los seis dias de marcha fué repelido el rey con grande pérdida, debiendo su salvacion personal á la velocidad de su caballo. De este modo sin batallar primero, sin perder gente despues en su retirada, gracias á lo lento y atinado de su movimiento, volvió el duque de Parma victorioso á los Países-Bajos despues de cinco meses de campaña.

CAPITULO LXVII.

Llegada del duque de Parma á los Países-Bajos.-- Situacion.--Progresos del príncipe Mauricio.--Negocios de Francia.--Manda el rey de España al duque de Parma que vuelva á Francia á levantar el sitio de Ruan.--Entra.--El rey de Francia sale en busca de Farnesio.--Escaramuzas.--Levanta el sitio de Ruan.--Entra Farnesio en la plaza.--Sitia la de Caudebec.--Es herido.--Toma de la plaza.--Apuros de su situacion hallándose como encerrado por el rey de Francia.--Atraviesa con su ejército el Sena.--Vuelve á los Países-Bajos.--Orden de volver á Francia.--Sale de Bruselas.--Llega á Arras.--Su muerte.--Su caracter (1.)

1591—1592.

SE halló el duque de Parma á su regreso en Flandes con la misma situacion que habia previsto cuando tuvo que dejar este pais por las órdenes del rey de España. No era fácil el que un jefe de su capacidad fuese dignamente reemplazado, pues aunque el conde de Mansfeld alcanzaba buena reputacion como militar valiente y ex-

(1) Las mismas autoridades.

perimentado, estaba muy lejos de llegar á la altura de Alejandro. Se habian puesto en mal estado los asuntos militares de aquel pais, y el príncipe Mauricio se habia sabido hábilmente aprovechar de la ausencia de un adversario tan temible. Crecía el príncipe en pericia militar y en las demas cualidades que constituyen un hombre de estado, un jefe de partido. Se dice que estudiaba como un modelo al mismo duque de Parma, imitándole en todo lo posible. Si esto es así, se puede decir que el discípulo se mostraba digno del maestro. Como quiera que esto sea, se mostró Mauricio el hombre principal y el de mas prestigio entre todos los confederados en los Países-Bajos. No solo era jefe de las provincias que mandaba su padre, sino que en las demas ejercia igual preponderancia. Salió pues Mauricio á campaña primero que Alejandro regresase. Antes que pasemos á su relacion, diremos que se reducian las tropas que éste habia dejado para su defensa á dos tercios italianos y dos alemanes, fuera de algunas compañías sueltas borgoñonas, flamencas é irlandesas; ademas se podian contar como unos mil y quinientos hombres de á caballo que estaban al cargo del marqués del Vasto. Otros dos tercios mas habian quedado en los Países-Bajos; mas el uno de ellos, llamado de Manrique, del nombre de su maestre de campo, se habia sublevado, y otro, de Manuel de Vega, acababa de hacerlo poco antes de la vuelta de Alejandro á Flandes. A estos disgustos del general español, se añadia la mortificacion de saber que sus enemigos en la corte de Madrid trataban de indisponerle con el rey, acusándole de demasiada parcialidad hácia los italianos en perjuicio de los españoles que desatendia, y cuyas sediciones eran efecto de esta negligencia. Poco se necesitaba para mover el ánimo de Felipe II, tan propenso á la suspicacia, á quien nunca acertaba á complacer del todo ninguno de sus servidores.

La repugnancia que habia mostrado en cumplir sus órdenes de pasar á Francia y la claridad con que le

hablaba de este pais, donde á pesar de tantos servicios á la causa de la liga no podia contar con verdaderas simpatías, estaba mal calculada para agradar al rey, quien sin duda en medio de su desconfianza, hacia mucho caso del acatamiento y fiel adhesion que le manifestaban los linguistas. El duque de Parma, para salir de una vez de este conflicto escribió al rey quejándose de los que trataban de indisponerle contra su persona, justificando en todo su conducta. El rey, que cualquiera que fuesen sus cavilidades, estaba seguro de que no encontraría un capitan que le sirviese con tanta utilidad, contestó á su carta en los términos mas satisfactorios, asegurándole de su amistad, dándole nuevas gracias por sus servicios, y manifestándole lo mucho que de ellos aguardaba todavía.

Pasaremos ahora á presentar un bosquejo de las operaciones militares en Flandes, tanto durante la ausencia del duque de Parma, como á su regreso. Se hacia la guerra con mucha menos actividad que antes, sea por falta de tropas, ó por cansancio en vista de lo prolongado ya de la contienda.

Ocupaban todavía los españoles parte de la provincia de Frisia, que mandaba Francisco Verdugo. Obedecia la autoridad del rey la plaza fuerte de Groninga, mas no queria recibir en sus muros soldados españoles. La otra mitad de la provincia reconocia la autoridad de los Estados, y con este motivo eran frecuentes las escaramuzas que se empeñaban entre las dos parcialidades. Para poner la plaza de Groninga mas en estado de defensa, solicitó Verdugo de los magistrados de la ciudad permitiesen la entrada á tropas españolas, lo que fue negado. Con esto se indispusieron los de esta nacion, ya muy irritados por falta de pagas y carencia de vestido y otras cosas necesarias. En Diest, donde estaban invernando, rompieron en abierta sedicion contra el maestre de campo Manuel de Vega, á quien acusaban de poco celoso por sus intereses. Aunque en completa desobediencia no atentaron á su vida, contentándose con enviarle á Lovayna

con los oficiales y demas individuos que se habian opuesto al alboroto. Los amotinados permanecieron en Diest, proponiéndose conservar aquella situacion mientras no se satisficiesen sus atrasos. Sus quejas no eran precisamente contra el rey, quien suponian mandaba el dinero necesario, sino contra los contadores y encargados de la distribucion, que les retenian lo que no era suyo. Es probable que fuesen muy justas estas quejas, y que no bastasen todos los esfuerzos de Alejandro para que los empleados de la Hacienda, llamados entonces oficiales del sueldo, cumpliesen exactamente con sus obligaciones.

A su regreso de la expedicion de Portugal habia vuelto el coronel Norris á los Países-Bajos. El gobernador de Ostende preparó en secreto una expedicion contra el fuerte de Blackemberg, situado como sabemos entre esta plaza y la esclusa. Como estaba mal guarnecido y descuidado su gobernador, se entregó con muy poca resistencia.

Por la parte del Rhin cayeron los puntos de Westerlo y Turnhaut sin ninguna resistencia en manos del príncipe Mauricio. Como eran los designios de este general sitiar la plaza de Zutphen, quiso apoderarse antes del fuerte de Duisburgo, que le sirve de defensa. Lo consiguió por sorpresa, valido de una estratagema, haciendo vestir algunos soldados de mujeres, que se presentaron á las puertas de la fortaleza con frutas y diversos comestibles. Sorprendió uno de ellos á un centinela que dejó muerto de un pistoletazo. Los otros sacaron inmediatamente sus armas que llevaban ocultas, y embistieron á los pocos soldados que se presentaron. En medio de la confusion, del ruido, del correr á todas partes sin saber lo que pasaba, quedaron abiertas las puertas por los que estaban de inteligencia con el príncipe, cuyas tropas acudieron inmediatamente y se hicieron dueñas de la fortaleza.

Ganada Duisburgo, dirigió Mauricio sus baterías contra Zutphen, que se rindió con muy poca resistencia.

En seguida pasó el príncipe á sitiar la plaza de De-

venter, con tantas mas esperanzas de ganarla, quanto que estaba en ella de gobernador Herman, conde de Berghen, primo suyo. Entre Mauricio y la plaza mediaba el Isel, que es muy poco ancho por aquella parte. Fue su primera operacion cortar sus comunicaciones por agua echando dos puentes, uno abajo y otro arriba. En seguida se puso á cañonear la plaza. Despues de abierta brecha, intimó la rendicion; mas el gobernador no hizo caso del requerimiento. Como no restaba mas recurso que el asalto, hizo Mauricio construir una especie de puente; mas al tiempo de echarle se halló que era corto y no llegaba perfectamente al pié de los escombros formados por la brecha. No arredrándose con esto los asaltadores, trataron de pasar á la otra orilla. Mas todos los que lo intentaron fueron víctimas de los tiros que desde las mismas ruinas se les asestaban. En vista de este contratiempo mandó el general tocar la retirada.

Por una rara combinacion de circunstancias, aquella plaza que tanta resistencia oponia, se entregó sin mas esfuerzos, sin que pasasen adelante las hostilidades. Produjo este cambio inesperado la muerte del gobernador, que cayó gravemente herido cuando las tentativas del asalto. Sobrecogida la guarnicion con este golpe y sin saber qué hacerse, entró en capitulaciones, y abrió las puertas al príncipe Mauricio.

Pasó despues este general á sitiar la plaza de Groninga. Volvió á insistir con este motivo Francisco Verdugo en que recibiesen las tropas españolas, mas todavía titubeaban aquellos habitantes. Se reducía la cuestion á saber si habian de ser de los españoles ó de los holandeses. Como temian de estos últimos mal trato por haberse separado de la confederacion, se decidieron por los primeros, y los admitieron en los arrabales y pueblos inmediatos. Con esto se trastornaron los planes de Mauricio y desistió del sitio de la plaza.

Oyó el duque de Parma á su regreso á Flandes la noticia del sitio de Zutphen y se puso en camino para

levantarle. En Ruremunda pasó revista á su pequeño ejército. Ascendía á siete mil hombres entre italianos, flamencos é irlandeses, y á mil quinientos los caballos. Los españoles llegados á Francia se habian quedado allí al servicio de la liga. Los del tercio de Vega, que se hallaban todavía en Diest, no quisieron acudir al llamamiento de Alejandro. Sabida la rendicion de Zutphen hallándose todavía en Ruremunda, se dirigió hácia Nimega, cuyos habitantes, estrechados por los holandeses, le suplicaron atacase el fuerte de Kanotzemburgo, cuya guarnicion los molestaba. Marchó allá en efecto el duque de Parma y pasó el Waal en barcos que le habian enviado aquellos habitantes. En el camino tuvo un encuentro con unas tropas holandesas; mas no atreviéndose estas á disputarle el paso, se retiraron, dejando libre al duque de tomar sus disposiciones para la toma de aquel fuerte. Mauricio que lo supo se movió de Aruhen con seis mil hombres. Dejó emboscada la mayor parte de la fuerza, y se presentó delante de los reales de Alejandro. Siguiéron los nuestros con demasiado ardor el alcance de Mauricio, que se retiró al principio de la refriega, y dieron sin poderlo evitar en la emboscada. Sin embargo, vueltos de la primera sorpresa, se rehicieron, y se renovó el combate siempre con ventaja suya.

Vueltos á sus reales los de Parma, se continuó con actividad el sitio del fuerte. Despues de abierta brecha, no se trataba mas que del asalto. Dió para ello las órdenes el duque de Parma, y se habian ya tomado las disposiciones para el dia siguiente, cuando recibió cartas del rey en que le hacia saber que debiendo de considerar los asuntos de Flandes como cosa secundaria, tuviese sus fuerzas reunidas y preparadas para volver á Francia con ellas al instante que recibiese órdenes: tan preocupado estaba entonces Felipe II con los trastornos de aquel reino, tan alucinado con la idea de que le iba á añadir de un modo ó de otro á sus dominios. Habian vuelto los negocios á una situacion tal que le parecia estar ya en el

caso de tender á los de la liga una mano eficaz como habia sucedido en el sitio de Paris, que tan próximo habia estado á caer en poder del de Navarra. Crecia el partido de éste en aquel pais tan destrozado por disturbios: á cada instante se aumentaba el número de los que deseaban fuese la ley sálica el solo norte en aquel mar tan borrascoso. Sin perder su adhesion á los dogmas de la fé católica no querian por ningun estilo al rey de España, y consideraban la perpetuidad de las guerras civiles en el llamamiento al trono, sea de la liga de Felipe II, sea del príncipe jefe de la casa de los Guisas. Contrayéndonos por ahora á la parte militar, dejando para otro sitio el movimiento político de las negociaciones y otros actos de mayor importancia que tenian lugar entonces, se iba engrosando el nuevo rey con nuevos partidarios que á sus banderas acudian, con las tropas de Isabel, con los abundantes socorros que le suministraba esta reina á la sazón con él tan generosa. Dueño de una gran parte de las provincias del Mediodía, ocupaba asimismo toda la provincia de Normandía á excepcion de Ruan, que con muchas fuerzas asediaba. Se hallaba en grandes apuros su gobernador, sin que Mayena al frente de su ejército se hallase con bastantes fuerzas para levantar el sitio. Acudió otra vez en este apuro la liga santa al rey de España, y este monarca, calculando que era mucho su peligro, envió órdenes al duque de Parma para que sin perder momento saliese de Flandes con su ejército, y marchase en socorro de la plaza de Ruan tan estrechada por los calvinistas. Era una orden parecida á la primera. En su consecuencia mandó el duque de Parma levantar el sitio de Kanotzemburgo y partió á Bruselas con objeto de hacer los preparativos de su expedicion, en lo que experimentó las dificultades á que estaba tan acostumbrado.

No se atrevió á picar su retaguardia el príncipe Mauricio, contentándose con sacar todo el partido que le proporcionaba aquella retirada. Mientras hacia el duque sus preparativos para la jornada de Francia, [desembarcó

Mauricio con cuatro mil hombres en el pais de Waes, al norte de la provincia de Flandes, y pasó á poner sitio á la plaza fuerte de Ulst, no muy lejos de Amberes, donde Mondragon mandaba entonces. Inmediatamente que llegó á éste la noticia, dispuso que acudiesen tropas en todas direcciones. Hizo inútiles estos esfuerzos Mauricio, inundando el pais de las inmediaciones de la plaza. Reducida esta á sí misma, mal guarnecida, poco fuerte, bien que provista de abundantes víveres y municiones, abrió, despues de una débil resistencia, las puertas á los holandeses.

Tomada Ulst, pasó Mauricio por segunda vez al fuerte de Kanotzemberg, y para aprovechar la ausencia de las tropas de España echó un puente sobre el Waal y emprendió seriamente el sitio de Nimega, defendida por valones y alemanes. Se condujo la guarnicion con bastante bizarría; pero no fué ayudada por los habitantes, descontentos muchos del gobierno español, y en inteligencia los principales con el príncipe Mauricio. Cuando le vieron con tan buena fortuna y estuvieron seguros de su proteccion, hablaron de capitular, pidiendo al gobernador pusiese fin á sus calamidades; y como el tono de la súplica tenia todo el aire de exigencia, no titubeó la guarnicion en acceder á las intimaciones de Mauricio. Fué la capitulacion muy favorable. Salió la guarnicion con armas y bagajes. Quedó la ciudad con su territorio incorporado en la confederacion, dominante en ella el culto protestante, con libertad para todos de conciencia. La entrada del príncipe en Nimega fué magnífica.

Asi mientras se ocupaba Alejandro con tanta actividad en los preparativos de su jornada á Francia, le ganaba plazas el príncipe Mauricio. Mas por todo esto pasaba Felipe II á trueque de tomar parte activa y personal en los asuntos de un pais, que aunque extraño, casi ya consideraba como propio.

Salió el duque de Bruselas á últimos de 1591, no pesaroso de volverse á medir segunda vez con el rey de

Navarra, de cuya táctica ya tenia experiencia. El buen éxito de sus operaciones cuando el levantamiento del sitio de París y que habia debido tan solamente á su pericia propia, no podia menos de infundirle esperanzas de vencer segunda vez á quien le igualaba en valor y le superaba en osadía. Penetró por el pais extraño con las mismas precauciones militares que en su anterior campaña, y antes de llegar al Somma se encontró con el ejército de los coligados mandados como la otra vez por el duque de Mayena. Fueron afectuosas las demostraciones con que recibieron al de Parma los que para salir de sus nuevos apuros le necesitaban. De la buena fé con que recibian el auxilio pueden quedar dudas muy probables. En cuanto al duque de Parma, tenia demasiadas pruebas de su poca sinceridad para no estar receloso y desconfiado. Concertó con los jefes franceses el plan de operaciones, y sin perder tiempo tomaron el camino de Ruan, cuyo gobernador Villars estaba reducido á los últimos apuros.

Sin contar algunas tropas de vanguardia que al mando del príncipe de Asculi habia hecho salir antes en direccion á Ruan, llevaba consigo el duque de Parma doce mil infantes, tres mil caballos, cuarenta piezas de artillería y dos mil carros. Con la union de estas tropas y las del duque de Mayena, podia ascender su ejército á veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos. En él se hallaban algunas tropas del pontífice. Por segunda vez tuvo Enrique de Navarra la cruel mortificacion de saber que se acercaba el duque de Parma á arrancarle de las manos una presa que contaba por segura. Otra vez volvió á deliberar en su consejo si le esperaria en sus líneas de sitio ó si saldria á recibirle en campo raso para escoger mejor un terreno de batalla. En este segundo caso se veria obligado á levantar el sitio de la plaza y perder el fruto de sus trabajos de dos meses. Mas el mariscal de Biron, persona de gran capacidad y que dirigia los asuntos de la guerra, fué de opinion de que se dividiese

el ejército en dos, marchando una parte á detener ó al menos á entretener el enemigo, mientras la otra redoblase sus ataques para reducir pronto la plaza que ya estaba á punto de rendirse.

En conformidad con este parecer salió Enrique con las tropas de su mayor satisfaccion, y marchó en busca de los enemigos, deseoso de probar fortuna por segunda vez y desquitarse del primer desaire. Redobló con este motivo el duque de Parma las precauciones de sus marchas. Iban dispuestas sus columnas de modo que pudiesen hacer frente á los ataques impetuosos en que él se deleitaba.

Marchaba la infantería repartida en cuatro divisiones, compuesta cada una de tres á seis tercios. Habia tres españoles mandados por Antonio Zúñiga, Alonso de Iriaguez y Luis de Velasco; otros tantos alemanes por Juan Manriquez y los condes de Barlamont y de Aremberg; seis valones por el señor de la Vertz, el marqués de Renty, el conde de Bossir, Claudio Barlota y Noscau. Mandaba el tercio italiano Camilo Capisuci, y á la cabeza de cuatro mil suizos estaba Apio de Comitibus, maestre de campo general de las tropas del Pontífice. Cuarenta piezas de artillería caminaban detrás de la vanguardia á cargo de Valentin Pardieu, flamenco, y de Bassopier, de nacion francesa. A los costados de la infanteria marchaba la caballeria, compuesta de flamencos, españoles, franceses y alemanes. Mandaban estas tropas el príncipe de Chimay, el baron de Schwartzember, los príncipes de la casa de Lorena. Ludovico Melci capitaneaba doscientos caballos del Pontífice.

Valentin Pardieu y el señor de Rosne alternaban en las funciones de maestre de campo general, representando el primero al duque de Parma y el segundo al de Mayena.

Dió el duque de Parma el mando de la vanguardia al duque de Guisa, el de la retaguardia al de Aumale, y el cuerpo de batalla al de Mayena. Marchaba el duque de Parma rodeado de su hijo Raynuci, del príncipe de

Asculi, del marqués del Vasto y otros magnates españoles é italianos. Además estaba el ejército flanqueado á derecha é izquierda por dos mil carros que le ponian al abrigo de cualquiera ataque repentino.

No perdía de vista el rey de Francia la marcha de este ejército, ni dejaba pasar ocasion alguna de inquietarle, hallándose al frente de un cuerpo escogido de caballería con poca infantería. Una refriega sería trabó con la vanguardia del ejército de Parma, en que el rey combatió personalmente en las primeras filas con todo su arrojo acostumbrado. Fueron repelidos los franceses con vigor, y expuesto el rey varias veces en peligro de ser cogido prisionero. Al fin fué herido, sin que en el ejército combinado se supiese esta circunstancia, á que se debió la retirada definitiva de la caballería francesa.

Instaron al duque de Parma todos los cabos á que se moviese del ejército en persecucion del enemigo. Mas el general en jefe, constante en sus planes y en su táctica, respondió que era imposible que aquel movimiento de los franceses dejase de tener por objeto el atraerle á una emboscada. Así era en efecto; mas si el duque de Parma hubiese avanzado con vigor, se hubiese aprovechado de la confusion que habia introducido en el campo enemigo la herida del monarca. Sin embargo la vanguardia persiguió por algun trecho la caballería enemiga, mientras el ejército del duque marchaba lentamente en orden de batalla. Cuando á éste se le dijo que era el mismo rey de Francia el que combatia en la vanguardia y lo fácil que le hubiese sido cogerle prisionero, sobre todo hallándose herido, respondió con frialdad: «¿Y cómo habia de imaginarme yo que el general, que el jefe supremo de un ejército hacia el servicio de simple capitán de caballería en los puestos avanzados? No tengo nada que vituperarme.»

Se retiró el ejército francés á Chateau-neuf, donde el rey recibió segunda cura, y como algunos cortesanos le hiciesen ver las fatales consecuencias que podria pro-

ducir su costumbre de pelear en las primeras filas, prometió ser mas cauto en adelante.

En Chateau-neuf mandó aumentar las fortificaciones y dejó en la plaza mil quinientos hombres de guarnicion, contando con que este punto fuerte detendria la marcha de Farnesio. Despues se trasladó el rey con el hijo del mariscal de Biron á Diepa y otros pueblos de los alrededores de Ruan, con objeto de impedir toda comunicacion con los sitiados.

Detuvo en efecto al duque de Parma el punto fuerte de Chateau-neuf como lo habia previsto el rey, mas solo fué para cuatro dias. De la plaza se hizo dueño despues de muy corta resistencia. Retiradas la tropas francesas al castillo, trataron de hacer una defensa en regla. Despues de haber sido cañoneados y con brecha abierta pidió capitulacion al duque de Parma, quien aunque en un principio se negó á ello, vino al fin en concedérsela.

Despues de algunos dias de descanso en Chateau-neuf con motivo de recoger víveres, continuó el duque de Parma su marcha regular y metódica con las mismas precauciones que hasta entonces. No dejó el rey de inquietarle con sus tropas ligeras de caballería; mas eran infructuosas estas escaramuzas empeñadas con tropas de vanguardia, sin que por nada se afectase el orden con el cuerpo de batalla, especie de fortaleza en movimiento. Así llegó poco á poco el duque á las inmediaciones de Ruan, donde estableció sus reales.

Admira ciertamente cómo se movia con tanta lentitud un ejército destinado á levantar el sitio de una plaza que podia muy bien rendirse mientras tanta circunspeccion observaban sus auxiliadores. Mas así se hacia la guerra en aquel tiempo, y por otra parte las operaciones de los sitios eran mas dificultosas que en el dia. Era muy comun estarse tres y cuatro meses delante de los muros de una plaza sin tomarla. Ya hemos visto la confirmacion de esta verdad en los diversos sitios que dejamos referidos. Ruan era fuerte entonces y no se la creia